



LA CAZA EN MANO

menester que se resigne á convertirse de hombre en tronco ó piedra, esto es, á no moverse, ni hacer ruido alguno, ni toser, ni escombrarse, ni aun fumar, siempre con la vista y el oído atentos, sin distraerse ni un instante de su ocupación, sucediendo muchas veces que la caza se presenta en el momento más impensado, y que se repiten con deplorable frecuencia las ocasiones en que el cazador se ha llevado horas enteras inmóvil como una estatua, sin ver animal alguno, y de presentarse éste cuando, desanimado su enemigo, y perdida ya la esperanza de tirar, ha resuelto, para consolarse, variar de posición, estirar un poco las piernas, dejar á un lado su escopeta y fumar tranquilamente un cigarro. Los dormilones, los impacientes, los inquietos, porque hay personas que en vez de sangre tienen azogue en sus venas, y no pueden persistir cinco minutos en la primera postura, y los aficionados á cargarse de mosto, están excluidos *ipso jure* de esta cacería. Los últimos, sobre todo si la carga de líquido que llevan se ha extendido á los ojos, están expuestos al inconveniente de ver dos ó tres piezas de caza á un mismo tiempo, de tomar á la imagen por la realidad y de disparar contra aquélla, escapándose ésta.

Por lo general, los que prefieren este entretenimiento son personajes cachazudos, pacíficos y gordos ó en potencia de serlos, opuestos á los movimientos agitados y continuos, gente, en fin, metódica y poco vehemente, y no muy amiga de satisfacer su afición á costa de un ejercicio corporal violento.

Sin embargo, hay otros, á quienes su misma vehemencia les obliga á ser pacientes, y éstos son los tipos verdaderos del cazador perfecto, como siempre que la fuerza de la voluntad domina á los apetitos rebeldes de la materia. Ha de tener también una vista muy clara, ser hábil en el manejo de las armas y estar acostumbrado á tirar en todas las posturas y de todas las maneras posibles, ya cuando la pieza está parada, ya moviéndose con más ó menos lentitud, ya á la carrera, en pie, sentado y hasta tendido en el suelo, apoyada el arma en un objeto ó sólo en sus brazos, y sobre todo ser muy rápido para tirar, y al mismo tiempo estar seguro de que su tiro no ha de ser inútil, como acontece con frecuencia cuando se dispara la escopeta á conejos que están cerca de las cuevas, porque se arrastran hasta ellas cuando no quedan completamente muertos, burlándose del cazador y sin provecho para él ni para nadie, sino, al contrario, convirtiéndose para sus congéneres en causa de corrupción y de pestilencia.

En pocos casos como en este conviene al cazador

la compañía de un perro, si éste es maestro, y en pocas también le perjudica y le contraria tanto este auxiliar suyo, si su educación ha sido imperfecta. El buen perro no se mueve ni casi respira cuando su amo acecha. Si tira y hiera, él se encarga de cobrar, siempre si su amo se lo ordena, porque hay algunos, aunque pocos, tan sumisos y obedientes y tan bien enseñados, que, mientras no se lo manda su dueño, aunque dispare los dos tiros de sus cañones, y vean con sus mismos ojos á la pieza herida agitarse y rebullirse en las convulsiones de la agonía, no sólo no se mueven de su puesto, sino que ni aun con su cabeza ni aun con sus ojos dan la más leve señal de inquietud ni de impaciencia.

Pero si la caza es nocturna, si es acuática, á patos, pollas de agua, ánsares, nutrias, etc., ya sea diurna ó nocturna, y más en el último caso, si la pieza no queda rematada, y puede escaparse, y en fin, por regla general, en todas las ocasiones en que es menester correr, cobrar y hacer uso de sentidos más perfectos que los nuestros, la cooperación de un buen perro es, no ya útil, sino de todo punto necesaria, y sin él el cazador es un ente imperfecto, que ha de limitarse á contar con la casualidad y la buena fortuna, auxiliares que no han de entrar nunca en los cálculos humanos, sino cuando se imponen por sí mismos fatalmente, como acontece á veces.

Se ha hecho sobre esta variedad del ejercicio de la noble afición venatoria una observación, que no deja de ser exacta en la práctica, y que encierra más filosofía de lo que á primera vista aparenta. Los guardas de monte, los campesinos y los cazadores de oficio adelantan siempre más en los acechos que los aficionados de otra clase.

Fúndase la verdad de este aserto en que las personas, á quienes aludimos, conocen mejor la localidad en que operan y en que tienen más paciencia para aguardar y un hábito más arraigado de asegurar el éxito de sus disparos. Á nuestro juicio, sin embargo, y sin negar que todas estas concausas juntas producen el resultado natural que indicamos, parécenos, no obstante, que la primera y principal es la del conocimiento más exacto de los lugares en que se acecha. Por esta razón indicamos al principio del artículo la necesidad de que el cazador en aguardo sea un topógrafo consumado del sitio elegido para su faena.

Á poco que se reflexione en ello, se comprende que siempre será poco el cuidado que pongamos en instruirnos, cuanto sea dable, de las particularidades del terreno en que hayamos de cazar de esta manera. Los

animales que perseguimos obedecen en sus actos en cada punto á motivos especiales, y que varían más de lo que comunmente se imagina, para preferir una cañada á otra, un paso ó una huida á otra, un lugar de pasto á otro, para vagar, correr, volar ó retozar más bien de día que de noche, ó viceversa, y en unas horas que en otras de la luz ó de las tinieblas.

Quien se halla, pues, más en contacto con las cos-

tumbres especiales de cada clase; quien sabe por una experiencia continua y nunca desmentida que tal ó cual barranco, por ejemplo, ha sido siempre abundante en conejos; que en esta ó aquella parte de la llanura se han observado liebres desde antaño; que en la charca ó laguna tal ha habido siempre mas patos, tiene una superioridad incontestable sobre quien lo ignora, y si esto es ventajoso en todo linaje de ex-



El cazador de artificio

pediciones venatorias, más ha de serlo por necesidad tratándose de una como la del acecho, en que las garantías de seguridad para el hombre entran como elemento importantísimo para obtener el remedio apetecido.

Diremos, por último, para terminar esta lucubración nuestra, que, al ocuparnos en indicar las condiciones ó requisitos más indispensables en el cazador que se dedica al aguardo, no lo hemos hecho porque nuestra vocación nos llame con fuerza á este pasatiempo. Pero el mundo es muy vasto y hay en los hombres una variedad extraordinaria de aptitudes y de propensiones,

que son dignas de respeto, sólo porque existen y no son vituperables por la moral ni por la ley.

¿No hay quién se deleita hasta el exceso pescando con caña? ¿No hay quién se lleva tirando un día entero de la cuerda de un espejuelo? ¿No hay, en fin, quien se mete en un tollo de perdiz, y nada ve ni nada mata, y repite esta operación tres ó cuatro días sin fruto?

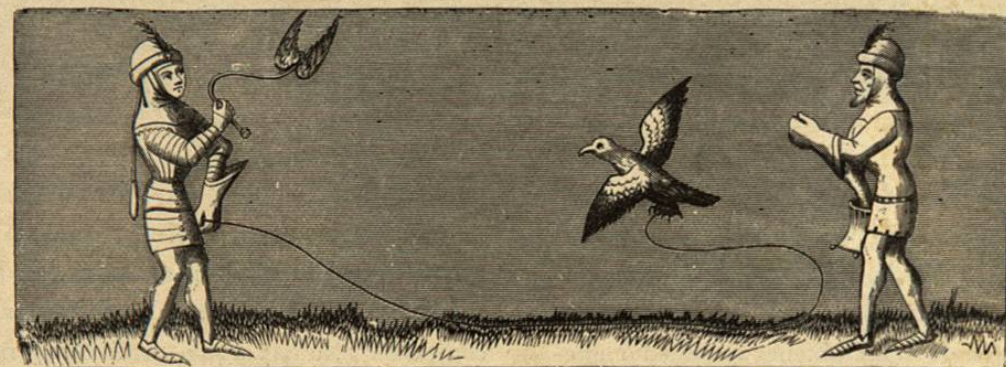
Consideradas las armas como la base y la columna más fuerte que sustenta á las sociedades, defendiéndolas y abillantando el esplendor de su magnificencia y de sus conquistas, era lógico, y así se reconoció y

practicó siempre, que en los tiempos de ocio y de paz eligiesen los hombres un ejercicio violento, al par que varonil y agradable, que les distrajesen en su forzada inacción, recordándoles los peligros y peripecias de las funciones de guerra. Adoptaron, pues, como más útil el de la caza, escuela perfecta de milicia, según dice un escritor del siglo XVII; viva imitación de la dureza de las armas, y en cuyo uso se hacen vigilantes los sentidos, se desarrollan las fuerzas, los miembros se fortifican, se engrandecen los corazones, y por último, se pierde el horror de la sangre y escándalo de la muerte.

Definida la caza de tal manera, y explicada así su índole y su tendencia, se comprende fácilmente con cuanto ardor y con cuan afanoso entusiasmo se entregarían á ella los pueblos de costumbres señoriales, y unos nobles y caballeros que se enorgullecían diciendo:

Mis arcos son las armas;
mi descanso, el pelear;
mi cama, las duras peñas;
mi dormir, siempre velar.

Correr el monte, buscar y perseguir á las fieras y á las aves para rendirlas y sujetarlas á su dominio, tal

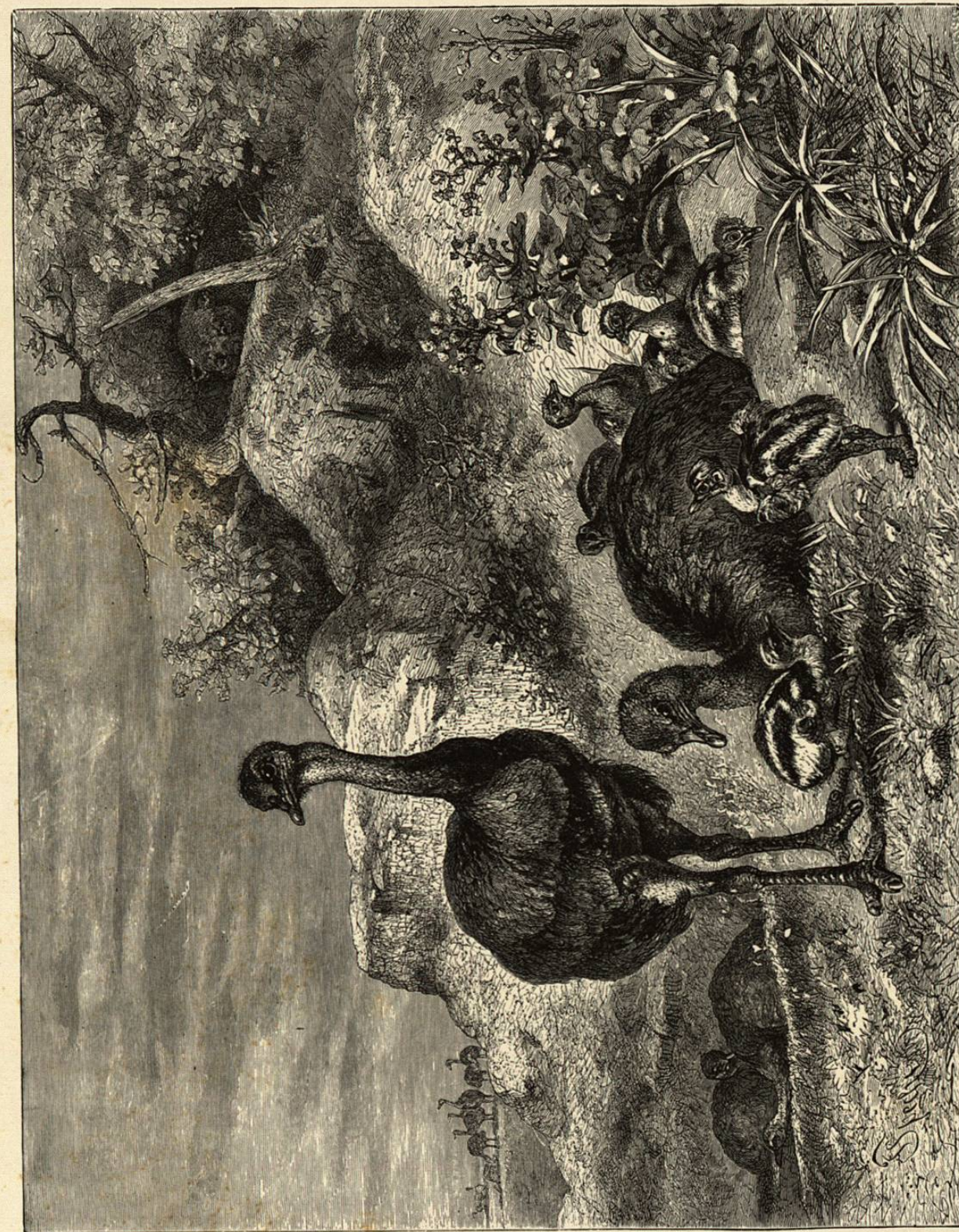


fué el recreo favorito y universal del hombre en unas épocas que pudieran llamarse de hierro, porque hasta de hierro se vestían aquellos colosos que asombraron al mundo con el vigor y el empuje de su brazo.

No hay nunca efecto sin causa, y como efecto y consecuencia de los hábitos venatorios de entonces, apareció la ballesta en las robustas manos de los cazadores.

El origen verdadero de esta arma formidable se pierde en las nebulosidades de lo desconocido. Sábese ciertamente que se empezó á usar para la guerra á principios del siglo XI, hasta que en 1139 se proscribió en el concilio de Letrán por cruel y mortífera (*artem mortiferam et Deo odibilem*). Sólo continuaron usándola los ingleses, volviendo á introducirla en el continente Ricardo, *Corazón de León*, durante el reinado de Felipe Augusto.

Pero si fué considerada como *deseal y traidora* para combatir á los hombres, continuó, adoptándose en el ejercicio de la caza, naciendo de su hábil manejo el cazador de más mérito entre todos, que tomó, como era consiguiente, el nombre de ballestero, y que había de ser universal en todos los géneros de caza mayor y menor, porque el montero está limitado á uno en particular, sin tener igual ciencia y destreza en todos.



LOS AVESTRUCCES